

S. Freud, *El yo y el ello* (trad. de R. Rey y L. López-Ballesteros; Alianza)

§ I. La conciencia y lo inconsciente

La «premisa fundamental del psicoanálisis» (distinción consciente/inconsciente) y la renuncia a la *descripción* en beneficio de la perspectiva *dinámica* sobre los fenómenos psíquicos. Solo la segunda está en condiciones de captar aquellos

«procesos o representaciones anímicas de gran energía que, sin llegar a ser conscientes, pueden provocar en la vida anímica las más diversas consecuencias, algunas de las cuales llegan a hacerse conscientes como nuevas representaciones. [...] Bastaría recordar que en este punto comienza la teoría psicoanalítica, afirmando que tales representaciones no pueden llegar a ser conscientes por oponerse a ello cierta energía, sin la cual adquirirían completa conciencia, y se vería entonces cuán poco se diferenciaban de otros elementos reconocidos como psíquicos» (p. 9).

El psicoanálisis freudiano comienza manejando una *primera tópica* (la presentada en *La interpretación de los sueños* en 1900), para la que es esencial la *teoría de la represión*. En ella, lo reprimido es el prototipo de lo inconsciente y, desde este criterio, se distinguen dos tipos de inconsciente, a saber, lo latente o preconscious (*Prec.*) y lo inconsciente reprimido (*Inc.*), que junto con lo consciente (*Cc.*) conforman la dinámica psíquica.

Pero la experiencia clínica del psicoanálisis pone de manifiesto que hay en el yo algo que no es sensible a la represión, pero que genera los mismos efectos en la vida anímica. Sobre la base de esta experiencia, se vuelve preciso introducir el siguiente correctivo en la tópica inicial:

«Reconoceremos, pues, que lo *Inc.* no coincide con lo reprimido. Todo lo reprimido es inconsciente, pero no todo lo inconsciente es reprimido. También una parte del yo, cuya amplitud nos es imposible fijar, puede ser inconsciente, y lo es seguramente» (p. 12).

§ 2. El yo y el ello

La dificultad de la tópica de la vida anímica: la función del lenguaje, capaz de traer laboriosamente lo inconsciente al nivel de lo preconscious, empleando para ello los pecios de un naufragio que son los *restos mnémicos*. El lenguaje es el verdadero medio de recuperación y expresión del orden de lo inconsciente:

«Vemos ahora claramente el papel que desempeñan las representaciones verbales. Por medio de ellas quedan convertidos los procesos mentales interiores en percepciones» (p. 17).

Freud reconoce la deuda de su teoría acerca del *ello* con la obra de Groddeck, *El libro del ello*¹. La verdadera naturaleza del individuo sería un *ello* psíquico, inconsciente y en su mayor parte desconocido para nosotros (lo reprimido tan solo es una parte del mismo), del que se despega y ocupa una parte de su superficie el *yo*, que lleva incorporado una suerte de «receptor acústico», que lo abre al exterior, e introduce paulatinamente en el psiquismo el principio de realidad, cuya entrada no puede sino encontrar numerosas resistencias. La ambivalencia impera en la relación que mantienen el *yo* y el *ello*. Freud sostiene que, debido a las funciones generalmente asignadas al *yo*, éste podría compararse con el *homúnculo cerebral* en el que algunos anatomistas creyeron reconocer el lugar del cerebro responsable del control de los movimientos y las acciones del individuo:

«Fácilmente se ve que el *yo* es una parte del *ello* modificada por la influencia del mundo exterior, transmitido por el *P.-Cc.*, o sea, en cierto modo, una continuación de la diferenciación de las superficies. El *yo* se esfuerza en transmitir a su vez al *ello* dicha influencia del mundo exterior, y aspira a sustituir el principio del placer, que reina sin restricciones en el *ello*, por el principio de la realidad. La percepción es para el *yo* lo que para el *ello* el instinto. El *yo* representa lo que pudiéramos llamar la razón o la reflexión, opuestamente al *ello*, que contiene las pasiones.

La importancia funcional del *yo* reside en el hecho de regir normalmente los accesos a la motilidad. Podemos, pues, compararlo, en su relación con *ello*, al jinete que rige y refrena la fuerza de su cabalgadura, superior a la suya, con la diferencia de que el jinete lleva esto a cabo con sus propias energías, y el *yo*, con energías prestadas» (pp. 18-19).

No es en absoluto extraño al surgimiento y posterior desarrollo del *yo* la combinación del uso del lenguaje y de la experiencia del propio cuerpo, pues las exigencias de ambas condiciones resultan esenciales para el discernimiento entre *yo* y *ello*. La pertenencia a lo inconsciente de actividades consideradas tradicionalmente excesivamente nobles para tener un origen tan bajo: la búsqueda de la verdad y las distinciones morales también se abren paso en la oscuridad del ánimo.

§ 3. El *yo* y el *super-yo* (ideal del *yo*)

La difícil y duradera escisión entre el *yo* y el *ello* y la formación del *super-yo*. Uno de los fenómenos más interesantes para atender a esta mescolanza tan difícil de depurar es la melancolía (*cfr.* con la experiencia de transfiguración de la libido que manifiestan algunos personajes del poema encadenado *Metamorfosis* de Ovidio: es habitual en él que el/la enamorado/a asuma la pérdida del objeto de deseo al recuperarlo transformación, bajo el aspecto de un instrumento –como ocurre a Pan con la ninfa Siringa– que resulta más sencillo controlar o de un árbol que puede volverse motivo de adoración).

¹ El término remite claramente a *Más allá del bien y del mal* de F. Nietzsche, obra en la que este pensador había insistido en la necesidad de descentrar al *yo* de la posición excesivamente eminente que ocupaba en el ánimo, *vd.* especialmente los §§ 16 y 17 de la I sección.

La libido y el narcisismo: la sustitución de la carga del objeto por la identificación con el objeto que ha rehusado quedarse con nosotros, que hemos perdido. La reconstrucción interior del objeto de deseo, el narcisismo aparece en el texto como una de las operaciones básicas para la formación del carácter:

«Es muy posible que el *yo* facilite o haga posible, por medio de esta introyección —que es una especie de regresión al mecanismo de la fase oral—, el abandono del objeto. O quizá constituya esta identificación la condición precisa para que el *ello* abandone sus objetos. De todos modos, es éste un proceso muy frecuente en las primeras fases del desarrollo, y puede llevarnos a la concepción de que el carácter del *yo* es un residuo de las cargas de objeto abandonadas y contiene la historia de tales elecciones de objeto» (p. 22).

El texto enfoca directamente uno de los fenómenos más relevantes del escrito: el *yo* nunca podrá comportarse con *ello* como una suerte de tirano, que pueda someter a su voluntad a quienes se encuentran por debajo de él. Antes bien, el primero debe encontrar las vías para que el segundo se doblegue a la razón, recibiendo a cambio alguna compensación. La transmutación de una investidura erótica del objeto (libido objetiva) en una modificación del *yo* (libido narcisista) forma parte del comercio entre *yo* y *ello*: mediante estas operaciones, el primero intenta seducir al segundo, persuadirle de que puede dejar de buscar placer en objetos externos.

El funcionamiento del complejo de Edipo: la articulación entre la carga del objeto de deseo (la madre) y la identificación con el padre (complejo positivo). La relación con el padre es ambivalente, por cuanto éste es contrincante en la lucha por obtener el amor de la madre, pero ejerce simultáneamente sobre el niño un fuerte poder simbólico. El niño comprende pronto que, en caso de llegar a merecer desempeñar al papel del padre, tendrá derecho finalmente a poseer a la madre, quedando ese deseo sancionado, sin tener que temer agresión o castigo alguno por su consumación. El complejo puede resolverse en un doble sentido, que responde a la bisexualidad originaria del sujeto infantil: el niño o la niña podrían identificarse, respectivamente, con la madre y con el padre (complejo negativo). El neurótico manifiesta haber sido incapaz de resolver el conflicto en una u otra dirección, por lo que permite reconocer al complejo de Edipo completo, conflicto que se resiste a desaparecer para ceder el paso a otro régimen de relación con los otros.

El saldo arrojado por el complejo de Edipo: la génesis del super-yo. El *yo* no encuentra otro camino para generar distancia con respecto a *ello* que emplear las mismas energías de *ello* para introducir la instancia responsable de la represión:

«Este proceso represivo no fue nada sencillo. Habiendo reconocido en los padres, especialmente en el padre, el obstáculo opuesto a la realización de los deseos integrados en dicho complejo, tuvo que robustecerse el *yo* para llevar a cabo su represión, creando en sí mismo tal obstáculo. La energía necesaria para ello hubo de tomarla prestada del padre, préstamo que trae consigo importantísimas consecuencias.

El *super-yo* conservará el carácter del padre, y cuanto mayores fueron la intensidad del complejo de Edipo y la rapidez de su represión (bajo las influencias de la autoridad, la religión,

la enseñanza y las lecturas), más severamente reinará después sobre el *yo* como conciencia moral, o quizá como sentimiento inconsciente de culpabilidad» (p. 27).

La religión, la moral y el sentimiento social como rendimientos filogenéticos del *super-yo*. Este *ideal del yo* debe considerarse la primera medida del *yo* para luchar por mor de su supervivencia, pero el proceso civilizatorio dejaría mucho que desear en caso de contentarse con esta primera medida de emergencia:

«La historia de la génesis del *super-yo* nos muestra que los conflictos antiguos del *yo*, con las cargas objeto del *ello*, pueden continuar transformados en conflictos con el *super-yo*, heredero del *ello*. Cuando el *yo* no ha conseguido por completo el sojuzgamiento del complejo de Edipo, entra de nuevo en actividad su energía de carga, procedente del *ello*, actividad que se manifiesta en la formación reactiva del ideal del *yo*. La amplia comunicación del ideal del *yo* con los sentimientos instintivos inconscientes nos explica el enigma de que el ideal pueda permanecer en gran parte inconsciente e inaccesible al *yo*. El combate que hubo de desarrollarse en los estratos más profundos del aparato psíquico —y al que la rápida sublimación e identificación impidieron llegar a su desenlace— se continúa ahora en una región más elevada» (pp. 31-32).

Ese combate que inició en los estratos más insondables del psiquismo debe continuar en regiones cada vez más elevadas, hasta que llegue un momento en que pueda afirmarse que el *yo* ha impuesto su dictadura a *ello*. Este texto de Freud, como también *El malestar en la cultura*, apunta a esta “dictadura” como ideal regulativo, cuya efectiva producción tendrá que esperar largo tiempo, pero el carácter normativo de ese ideal está vigente.

§ 4. Las dos clases de instintos.

Presentación de la hipótesis acerca de la duplicidad de los instintos (*Eros* y *Thánatos*) y acerca de la ambivalencia de los sentimientos. Freud apunta a la siguiente hipótesis genealógica, a saber, quizás ambas pulsiones no son sino expresiones de una misma energía anímica. Aunque es difícil acertar acerca del motivo por el que ambas pulsiones se diferencian cualitativamente, lo más probable parece ser lo siguiente, a saber, que esa energía tome uno u otro curso, a saber, el constructivo propio de *Eros* (confiado en encontrar satisfacción y contento en el exterior) o el reactivo propio de *Thánatos* (que invita al regreso a la paz de los cementerios del deseo, a la quietud inorgánica donde el deseo no exista, como en el poema de Cernuda) según los obstáculos que encuentre a su paso:

«Declararé, pues, que dicha energía, desplazable e indiferente, que actúa probablemente tanto en el *yo* como en el *ello*, procede, a mi juicio, de la provisión de la libido narcisista, siendo, por tanto, Eros desexualizado. Los instintos eróticos nos parecen, en general, más plásticos, desviables y desplazables que los de destrucción. Podemos, pues, concluir sin dificultad que esta libido desplazable labora al servicio del principio del placer para evitar los estancamientos y facilitar las descargas. Reconocemos, además, que en esta labor es el hecho mismo de la descarga lo principal, siendo indiferente el camino por el cual es llevada a cabo. [...]

Rank ha expuesto hace poco acabados ejemplos de actos neuróticos de venganza dirigidos contra personas inocentes. Ante esta conducta de lo inconsciente no podemos por menos de pensar en la conocida anécdota de aquel juez aldeano que

propuso ahorcar a uno de los tres sastres del pueblo en sustitución del único herrero en él establecido y verdadero culpable del delito que de castigar se trataba. El caso es ejecutar el castigo, aunque éste no recaiga sobre el culpable» (p. 37).

Otro campo de estudio de interés para analizar esta elevada maleabilidad de la energía psíquica es el del sueño, en el que mediante condensación y transferencia informaciones acumuladas a lo largo de la vigilia producen imágenes en las que los deseos no consumados encuentran alguna compensación, una satisfacción indirecta.

§ 5. Las servidumbres del yo.

Freud califica al *super-yo* de «monumento conmemorativo» de la primitiva debilidad y dependencia en que se encontraba el yo infantil, evidenciando que esa situación tan traumática siguió contando con un fuerte ascendiente durante la madurez del sujeto. ¿Por qué se produjo esta reacción primitiva? Freud sostiene que por temor al sojuzgamiento o a la destrucción. La angustia ante la castración. En definitiva, por la sospecha de que *no somos* realmente tan omnipotentes *como nos sentimos* y como nos gustaría ser, es decir, cuando se despegan tan dolorosamente la realidad y el deseo. Es como si se nos dijera que nuestro elemento natural, en el que nacemos, es el *sentimiento* y la pulsión libidinal, pero solo muy trabajosamente aprendemos a instalarnos en el *lenguaje* y en el plano en el que no nos encontramos solos, sino en compañía de otros, con los que debemos repartirnos el uso del espacio, los objetos placenteros y los bienes. Hasta tal punto este primer gesto de renuncia del deseo a sí mismo — esta renuncia al *goce* para abrir paso al *deseo*— puede llegar a ser dominante, que el sujeto con frecuencia muestra una «reacción terapéutica negativa» y se resiste notablemente a dejarse curar por el psicoanálisis, como si renunciar a la dominación por ese ideal del yo fuera equivalente a contraer una enfermedad mortal. He aquí una observación de Freud relevante para atender al hecho de que el *super-yo* procede más bien del ello que de la razón:

«[T]ampoco el *super-yo* puede negar su origen de impresiones auditivas. Es una parte del yo, y dichas representaciones verbales (conceptos, abstracciones) llegan a él antes que a la conciencia; pero la energía de carga no es aportada a estos contenidos del *super-yo* por la percepción auditiva —la enseñanza o la lectura—, sino que afluye a ellos desde fuentes situadas en el *ello*» (p. 45).

Los patológicos vasallajes del yo con respecto al *ello*, mediante el eficaz dispositivo represor puesto en marcha por el *super-yo*, quedan ejemplificados por el melancólico, en el que un *super-yo* considerablemente sádico se encarniza con un yo masoquista, y en el neurótico obsesivo, cuyo *super-yo* no deja de acusar al yo de caer en las redes de objetos indeseables y prohibidos. Pero el yo también padece la servidumbre del mundo exterior y de su propia libido. La exigencia de cohonestar varias servidumbres y la complejidad de las diversas tareas que quedan a cargo del yo lo dejan en una situación un tanto angustiosa. Podría decirse que el psicoanálisis pretende facilitar al yo la

conquista progresiva de ello (p. 48), sin olvidar que el primero «es la verdadera residencia de la angustia» (p. 49):

«El *yo* no se conduce imparcialmente con respecto a las dos clases de instintos. Mediante su labor de identificación y sublimación auxilia a los instintos de muerte del *ello* en el sojuzgamiento de la libido, pero al obrar así se expone al peligro de ser tomado como objeto de tales instintos y sucumbir víctima de ellos. Ahora bien: para poder prestar tal auxilio ha tenido que colmarse de libido, constituyéndose así en representante del Eros, y aspira entonces a vivir y a ser amado.

Pero como su labor de sublimación tiene por consecuencia una disociación de los instintos y una liberación del instinto de agresión del *yo*, se expone en su combate contra la libido al peligro de ser maltratado e incluso a la muerte. Cuando el *yo* sufre la agresión del *super-yo* o sucumbe a ella, ofrece su destino grandes analogías con el de los protozoos que sucumben a los efectos de los productos de descomposición creados por ellos mismos. La moral, que actúa en el *super-yo* se nos muestra, en sentido económico, como uno de los tales productos de una descomposición. Entre las servidumbres del *yo*, la que le liga al *super-yo* es la más interesante» (p. 48-49).

El psicoanálisis solo puede ayudar a aquellos sujetos que quieran ganar su identidad en el lenguaje y desde la razón, a pesar de que esa misma identidad haya sido originariamente configurada en torno a la pulsión y al sentimiento de omnipotencia. Por ello, cabría entender la cura psicoanalítica como la ganancia paulatina de un nuevo ser, de una existencia a la que *ello* y *super-yo* cierran el paso, de la que solo nosotros, nuestro yo despierto, será el autor.